

# Crítica a la modelización de la intervención

Ya desde los inicios de nuestra centenaria profesión, la práctica profesional se configuró según las necesidades e intereses de los incipientes espacios socio ocupacionales, ante la premura de contar con una acción profesionalizada, especialmente tecnificada y con escasa cualificación.

Desde esa propia génesis, nuestra profesión vio como la acción práctica se constituyó en aquello que la diferenciaba de otras profesiones; pero a su vez, a partir de esta centralidad práctica, provocó colocar al Trabajo Social en general, y a nuestro ejercicio profesional en particular, en los márgenes de la subalteridad.

En este sentido, la centralidad técnica que se ha constituido motor de la práctica profesional se ha resultado un camino de doble mano: por un lado, la subordinación del *quehacer* profesional a necesidades e intereses externos; y por otro, la reconfiguración teórica metodológica y política desde el propio centro del colectivo profesional. Reconstruyamos las implicancias de ambas situaciones.

La propia configuración de los espacios ocupaciones donde nos insertamos, requiere del Trabajo Social un ejercicio técnico que permita, a grandes rasgos, el acceso a los recursos y prestaciones que disponen las políticas públicas. En este sentido, dicho ejercicio se reduce a la implementación de un conjunto de elementos técnicos que suponen el relevamiento y sistematización de información estandarizada: lugar de residencia, datos de identificación personal o del grupo familiar, situación económica, si cumplen con los requisitos de acceso a los recursos, problemáticas que se identifican, etc.

Para esto, se ha ponderado la centralidad en el *hacer profesional*, es decir, disponer de habilidades técnicas que posibiliten que dicha sistematización sea compatible con la certificación potencial del acceso a los recursos. Esta centralidad, se vuelve evidente en la ponderación de la realización profesional de entrevistas, informes, como fines últimos de nuestra práctica. Esta tendencia en la configuración de la práctica profesional, la ha configurado de modo rutinizada y cada vez más tecnocrática.

De esta manera, el *quehacer* profesional se centra en un *saber hacer*, lo cual refuerza el carácter auxiliar y desprofesionalizado del Trabajo Social. Se nos contrata para realizar acciones cada vez más modelizadas, estructuradas en secuencia de pasos a cumplir; para la certificación burocratizada del acceso de recursos que a fin de cuenta permitirán, en parte, dar respuestas a las vicisitudes de la reproducción social de la población usuaria de los servicios donde nos insertamos; y tendencialmente, pregona una visión profesional despolitizada y deshumanizada: por la individualización y homogeneización de las personas usuarias, por la simplificación inmediata de las situaciones que atraviesan y que se transforman en demandas, por la tendiente desmovilización de las luchas sociales y reclamos territoriales; pero además, subsume nuestra práctica a intereses y objetivos que responden a las necesidades de la institución, lo cual limita el ejercicio de autonomía profesional y circunscribe la práctica a requerimiento de otras profesionales o a los objetivos de la política pública.

Por el contrario, el propio desarrollo histórico de nuestra profesión y su colectivo, en estrecha relación con la población con la cual trabajamos, ha tendido a la problematización de estas directrices institucionales modelizantes. Por el lugar que ocupamos en espacios estratégicos del Estado, por la inserción en territorios donde intervienen diversos sujetos colectivos, por la participación en organizaciones propias del Trabajo Social o de la clase trabajadora, nuestra profesión ha avanzado en la reconfiguración de aspectos nodales que posibilitan romper los márgenes de una práctica preestablecida:

- La revalorización del proceso investigativo en la práctica profesional permite no solo construir conocimiento situacional y más fiel sobre la realidad económica, política y social donde intervenimos, sino que cimienta intervenciones direccionadas por quienes ejercemos el Trabajo Social, donde se pondera el criterio profesional en directa relación con la población usuaria;
- Este aspecto posibilita reconstruir que no es posible pensar una práctica que secuencialmente cumpla pasos, sino por el contrario, revitaliza y jerarquiza la intervención profesional a partir de la consideración unitaria entre conocimiento y acción;
- Conocimiento y acción se vuelven el núcleo central de nuestra práctica profesional, esto no niega la posibilidad de que se inicie nuestra intervención desde los lineamientos propuestos por los servicios empleadores, sino que, contrariamente, posibilita tomar las riendas del ejercicio profesional, y haciendo pleno uso de la autonomía profesional, tomar las decisiones que consideremos oportunas o viables;
- Este aspecto puede significar una clara tensión profesional: romper con el confort y la seguridad que otorga intervenir dentro de los límites propuestos desde fuera, o por el contrario, abrirnos paso a la incertidumbre que puede significar construir intervenciones profesionales desde objetivos establecidos desde las inmensas posibilidades que los procesos de intervención abren;
- De esta manera, para romper con prácticas cada vez más tecnocráticas, burocráticas y modelizadas, el pleno ejercicio de la autonomía profesional posibilita direccionar procesos de intervención que partan de los objetivos y finalidades que podamos construir en estrecha relación con la población usuaria, donde los elementos tácticos a utilizar sean elegidos por quienes ejercemos la profesión, y en todo caso, que se sumen a los propuestos, pero que amplíen las posibilidades de romper los márgenes estandarizados.

## Recomendamos leer

Massa, L. y Pellegrini, N. (2019). Tensiones en los procesos de intervención profesional: desafíos en torno a la superación de la fragmentación y modelización. En: Mallardi, M. y Massa, L. (Coord.). Aportes al debate de los procesos de intervención profesional del Trabajo Social. Tandil, UNCPBA.